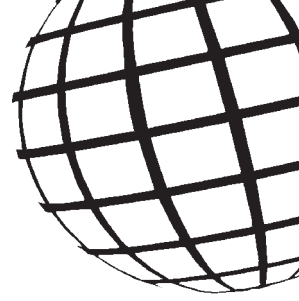

● Estudios





¿Los estados democráticos apoyan las transiciones democráticas? Un debate teórico. Caso de estudio: la paradoja de La Primavera Árabe*

Oscar Vidarte Arévalo**

Resumen:

A pesar de lo señalado por la Teoría de la Paz Democrática acerca de la importancia de la democracia en las Relaciones Internacionales, los Estados democráticos no parecen estar necesariamente comprometidos con las transiciones democráticas. En tal sentido, estos países demuestran tener una política exterior que busca satisfacer sus propios intereses: sin dejar de considerar la importancia del interés de la comunidad internacional por contar con un mundo más pacífico, también van a tener en cuenta sus intereses nacionales, sobre todo aquellos relativos a su seguridad, primando estos últimos. Utilizando lo sucedido en los países implicados en la Primavera Árabe desde el año 2010, se va a demostrar el débil compromiso de algunos países democráticos de Occidente, especialmente los Estados Unidos, para promover y apoyar procesos de democratización.

Abstract:

Despite the statement made by the Democratic Peace Theory about the importance of democracy in International Relations, democratic countries seem not to be necessarily implicated in democratic transitions. In this sense, these countries demonstrate a foreign policy that seeks to satisfy their own interests: while they still take into account the international community's interest in a peaceful world, they will also take into account their national interests, especially those relating to their security, giving priority to the latter. Using these latest events that took place within the countries involved in the Arab Spring from 2010-onwards, we will get demonstrate the weak commitment of certain occidental powers, notably the United States, to promote and support democratization processes.

Palabras clave:

Transición democrática – relaciones internacionales – política exterior – paz democrática – Primavera Árabe.

Keywords:

Democratic Transition – International Relations – Foreign Policy – Democratic Peace – Arab Spring.

* Fecha de recepción: 09 de mayo de 2014. Fecha de aprobación: 06 de octubre de 2014.

** Profesor-Investigador del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

I. Introducción

Aunque existen serios cuestionamientos a la capacidad real de la democracia para hacer que el conflicto, en su peor expresión la guerra, pueda desaparecer de las relaciones entre los países, pocos son aquellos que no reconocen a la democracia como un régimen que, en términos generales, promueve relaciones pacíficas entre los Estados, de ahí su importancia para la disciplina de las Relaciones Internacionales. En tal sentido, debería resultar lógico que los Estados democráticos, en aras de un mundo más pacífico, tiendan a promover procesos de democratización en países poco o nada democráticos.

Lamentablemente, en la práctica internacional esto no sucede regularmente, más aún cuando los países suelen priorizar otro tipo de intereses, llevándolos no solo a sostener gobiernos autoritarios, sino también a colaborar en golpes de Estado contra gobiernos democráticos: cabe recordar el importante papel que Estados Unidos desempeñó para el ascenso al poder de Augusto Pinochet en Chile en 1973 y en la ruptura del orden constitucional en Venezuela el año 2002.

Por tanto, la presente investigación tratará de demostrar que, ya sea tratándose por la ausencia de valores o instituciones democráticas, por la posibilidad de que surjan guerras o conflictos internos, o por estar frente a procesos que buscan libertades más que el surgimiento de regímenes democráticos propiamente dichos, países considerados como democráticos, básicamente los Estados Unidos y algunos de sus aliados occidentales (incluido Israel), priorizan su propio interés en desmedro del interés de la comunidad internacional por contar con un mundo que no se encuentre determinado por el conflicto, sino, más bien, por la **cooperación**¹.

Utilizando las herramientas teóricas propias de la Teoría de la Paz Democrática y sus principales críticos, se intentará comprender el comportamiento de dichos Estados, fundamentalmente de carácter occidental, poco tendientes a promover la democracia frente al surgimiento de transiciones, en mayor o menor medida, en los cinco principales países involucrados en la llamada Primavera Árabe (Túnez, Egipto, Yemen, Libia y Siria) desde el año 2010.

II. De la paz democrática a la transición democrática

La Teoría de la Paz Democrática, de naturaleza liberal, no debe ser entendida simplemente como una oda a la paz, ya que esto impediría que los Estados adopten medidas que podrían implicar una afrenta a la misma —una polí-

¹ Desde un enfoque claramente idealista, el interés de la comunidad internacional está determinado por una serie de principios relacionados con la construcción de un mundo más pacífico y justo, los cuales son, en teoría, compartidos por los diferentes países del mundo.

tica nuclear por ejemplo—, pero necesarias para mantener la seguridad en el sistema internacional (Doyle 2008: 74). Sin embargo, la democracia pareciera reducir la posibilidad de recurrir a la fuerza en las relaciones internacionales, sobre todo en la relación con otro país que también ostenta la democracia como régimen político.

Desde esta perspectiva Michael Doyle, siguiendo la tradición kantiana, va a establecer la existencia de una garantía de precaución y otra de respeto, fundamentales para que un Estado democrático no recurra a la guerra como una opción en su relación con otro país similar. Mientras la primera hace referencia a cómo los ciudadanos, siendo finalmente los que deciden si la fuerza es una opción como herramienta de política exterior, no están predispuestos a utilizarla por los altos costos existentes; la segunda hace énfasis en el respeto inherente a la democracia que permite el establecimiento de relaciones pacíficas entre los países, de gran trascendencia en un mundo con tantas diferencias (Doyle 2008: 93-94).

Por otro lado, Zeev Maoz y Bruce Russett van a preferir referirse a otras dos variables que, sin cuestionar las garantías planteadas por Doyle (una clara distinción conceptual resulta bastante compleja), también ayudan a explicar cómo la democracia determina el comportamiento de los Estados con este tipo de régimen político frente a otros de igual condición. En tal sentido, ambos autores van a considerar una variable institucional-estructural (el marco institucional de carácter legal y sus condicionamientos en el ámbito interno e internacional) y otra cultural-normativa (los esperados patrones de comportamiento propios de una democracia con impacto en la política exterior, por ejemplo, en materia de resolución pacífica de conflictos) (Maoz y Russett 1993: 626).

Utilizando ambas miradas, esta teoría argumenta que la paz será posible en tanto los países que sean parte de una relación presenten credenciales democráticas. Por tanto, un Estado no democrático, un Estado de democracia reciente, o peor aún, un Estado en transición hacia la democracia carecería de los elementos necesarios para referirnos a países que tienden a mantener relaciones pacíficas con Estados democráticos.

En otras palabras, un país que intenta construir una democracia puede constituir un reto para los países democráticos, pues no necesariamente asegura el establecimiento de relaciones pacíficas tal y como sucede entre democracias; de ahí que, sin que la Teoría de la Paz Democrática señale que los países que todavía no cuentan con una democracia claramente establecida como forma de gobierno se traten de Estados violentos en el plano internacional, los riesgos se encuentran presentes para cualquier democracia.

Esto nos lleva a afirmar que las transiciones democráticas no necesariamente generan los incentivos necesarios en los Estados democráticos para promoverlas, produciéndose una terrible contradicción: la democracia como modelo a seguir para alcanzar la paz, sin ser promovida por los Estados democráticos debido a las inseguridades que se pueden presentar en contextos de transición. A estas alturas, parece evidente que la Teoría de la Paz

Democrática no permite determinar un patrón de comportamiento particular de los países democráticos frente a otros no democráticos (Hill 2003: 239).

La llamada “cultura de paz” propia de las democracias debería ser una regla, no solo en su relación con otras democracias, sino también con no democracias, pero esto no parece suceder así (Gautreaux 2012). Por el contrario, en las últimas décadas el papel internacional de las principales democracias del mundo ha estado marcado por acciones de origen bélico en numerosas oportunidades. De ahí que también exista la preocupación que las democracias se alíen en defensa de su régimen político y terminen siendo agresivas con países no democráticos (Gobetti 2009: 44). En esta línea, Kenneth Waltz, preocupado por el hecho de que una democracia pueda promover la guerra contra Estados no democráticos, apunta que la propagación de la democracia no implica, necesariamente, la reducción de las guerras en el mundo (Waltz 2005: 169). Es más, según el mismo autor, puede generarse con mucha facilidad en las potencias mundiales de carácter democrático un cierto espíritu intervencionista, de ahí que la búsqueda de paz y democracia pueden resultar causas legítimas para iniciar un conflicto bélico (Waltz 2005: 169-170). No olvidar que tratándose de la invasión a Irak, el año 2003, luego de fracasar la inicial justificación de los Estados Unidos respecto a la existencia de armas de destrucción masiva en dicho país árabe, el gobierno del presidente George W. Bush cambió de estrategia haciendo hincapié en la lucha por la democracia. Si bien Irak era gobernando por Saddam Hussein en forma autoritaria y con reducido respeto por las libertades personales, Arabia Saudita, socio de Estados Unidos, también podría ser criticado en este sentido.

Finalmente, también resulta un problema la definición de democracia; sin embargo, más allá del debate existente, este artículo pretende utilizar el concepto de democracia liberal que predomina en los países occidentales, el cual hace énfasis en la competencia política, los derechos individuales y la libertad económica (Hill 2003: 237). Para fines de este estudio, es importante conocer bajo qué parámetros algunas naciones occidentales, con énfasis en Estados Unidos, van a hacer frente a la situación generada en los países implicados en la Primavera Árabe.

III. La transición democrática, ¿un escenario violento?

Partiendo de la crítica existente contra la Teoría de la Paz Democrática en torno a sus limitaciones metodológicas y su reducido campo de acción (en tanto solo puede afirmar la existencia de relaciones pacíficas entre países con regímenes democráticos), Edward Mansfield y Jack Snyder tratan de ir más allá.

Ambos autores, utilizando la misma metodología de índole cuantitativa, van a afirmar que los procesos de democratización constituyen escenarios muy peligrosos por ser proclives a la guerra, no solo en comparación con el

comportamiento de las democracias maduras o consolidadas, sino también tratándose de autoritarismos estables (Mansfield y Snyder 1995: 6), e inclusive, en menor medida, de países camino a dictaduras (Mansfield y Snyder 1995: 18).

En tal sentido, debe tenerse en consideración la excesiva competencia política interna que se produce con posterioridad a la caída del régimen autoritario en aquellos países en proceso de democratización, escenario que incentiva a utilizar la retórica nacionalista –casi siempre frente a un enemigo externo– para movilizar a las masas a favor de una u otra agrupación (Mansfield y Snyder 1995: 7). Esto permite considerar como una posibilidad que un país en transición pueda utilizar la guerra contra un país considerado como una amenaza, aun siendo una estrategia excesivamente arriesgada (Mansfield y Snyder 1995: 33).

Cabe señalar que no solo los grupos vinculados al antiguo régimen serán aquellos que tratarán de resistir frente a la posibilidad de democratizar el país; en general, cualquiera que se sienta afectado por la reforma, llámense funcionarios estatales o elites económicas que puedan ver disminuir sus privilegios, tendría los incentivos para participar activamente contra el proceso (Mansfield y Snyder 1995: 24). Es más, también existirían aquellos interesados en una política bélica (en tanto los beneficios que esta puede generar). De ahí que, de acuerdo a lo señalado por Mansfield y Snyder, “*many of the groups with an interest in retarding democratization are also those with a parochial interest in war*” (1995: 25); obviamente, estos grupos están vinculados generalmente a los sectores militares, de gran influencia en los gobiernos autoritarios.

Por otro lado, esto es mucho más preocupante cuando se trata de regímenes institucionalmente débiles (siguiendo la línea de lo señalado por Maoz y Russett). En procesos de democratización, peor aún, en países que no han conocido la democracia a lo largo de su historia, es difícil encontrar partidos sólidos, un poder judicial independiente y libertad de prensa, aspectos sustanciales de cualquier democracia (Mansfield y Snyder 1995: 22). Partir del hecho de que la práctica democrática no se adquiere de la noche a la mañana, no solo es de gran relevancia para debatir acerca de la necesidad de construir institucionalidad democrática en países que han optado por este camino, sino también para admitir los altos costos que esto puede significar.

Lo señalado no quiere decir que Mansfield y Snyder se encuentren en contra de que un Estado autoritario inicie un proceso de democratización; sin embargo, aunque en el largo plazo parece mejorar las perspectivas de paz, en el corto plazo habrá que considerar los peligros de dicha transición (Mansfield y Snyder 1995: 38); de allí que ambos autores hayan asumido la existencia de dos etapas: una peligrosa, llamada democratización incompleta, el equivalente a una transición del autoritarismo a un régimen mixto; y otra de democratización completa, el escenario ideal de transición hacia una democracia estable (Mansfield y Snyder 2002: 305). En otras palabras, la comunidad internacional debe acompañar a la promoción de transiciones democráticas

ticas con grandes esfuerzos por construir instituciones fuertes que puedan soportar las intensas demandas de las élites y políticos, antes de presionar a gobiernos autoritarios a dejar el poder o acceder a procesos electorales competitivos (Mansfield y Snyder 2002: 334). La presencia de una serie de condiciones se vuelve fundamental para el desarrollo de la democracia futura: más allá del debate planteado por Thomas Carothers acerca de si estas condiciones deben ser anteriores o darse en forma simultánea al proceso de democratización (2007: 18-21), existen ciertas características desarrolladas por el mismo autor que deberían facilitar cualquier transición democrática, tales como el desarrollo económico, la inexistencia de divisiones profundas en la sociedad, la experiencia democrática previa y los vecinos con regímenes democráticos (Carothers, citado por Mansfield y Snyder 2007: 6).

Aunque pueden encontrarse procesos exitosos de democratización en el pasado, como los casos de Alemania y Japón luego de la Segunda Guerra Mundial (Mansfield y Snyder 1995: 20) y más cercanamente los casos de Brasil, Chile, Polonia y Corea del Sur (Mansfield y Snyder 2007: 5), no se deberían minimizar los riesgos de una transición democrática que podría llevarnos al extremo de empujar a la democracia a una potencia mundial y nuclear como China. Las consecuencias posibles y los múltiples escenarios, muchos de ellos indeseables, significan un riesgo muy alto que las democracias occidentales no deberían estar dispuestas a asumir (Mansfield y Snyder 1995: 36). Por tanto, si bien no se puede pensar solo en un país en transición como fuente de hostilidades, un Estado con una democracia débil (en proceso) pero extremadamente nacionalista, para citar un ejemplo, puede generar temores en sus vecinos, por lo que nuevamente vamos a encontrar presentes los incentivos para el inicio de un conflicto bélico (Mansfield y Snyder 2002: 330).

En sentido contrario, Vipin Narang y Rebecca Nelson van a afirmar que la relación entre una democracia en transición y la guerra no se pueda inferir de la información que utilizan Mansfield y Snyder, sino, por el contrario, los conflictos bélicos que involucran a Estados en proceso de democratización suceden ocasionalmente (2009: 359 y 364). Es más, tomar previsiones frente a la posibilidad poco real de un conflicto bélico en el que participe un país en proceso de democratización, corre el riesgo de desencadenar conflictos producto de los dilemas en seguridad que pueden surgir, independientemente de la transición.

Esto no implica que las transiciones democráticas sean pacíficas ni carentes de riesgos: ambos autores manifiestan que, aunque no existe evidencia que demuestre la posibilidad de ocurrencia de conflictos externos, no sucede lo mismo a nivel interno (Narang y Nelson 2009: 376). De ahí que sea posible prever que los países en transición sean vulnerables a problemas de carácter interno, tal y como sucedió en el conflicto de la ex-Yugoslavia en la década del noventa. Ahora, tratándose de un conflicto interno, también pueden darse consecuencias que no servirán en el intento de construir relaciones estables con los países vecinos, tales como una masiva ola de refugia-

dos, la presencia de grupos radicales que pueden aprovechar la oportunidad para consolidarse, entre otros.

No estaremos frente a un conflicto internacional, pero al ser la democracia una lucha constante por el poder, la transición aumenta el conflicto antes que generar estabilidad; siendo el origen de esta situación turbulenta y desordenada, factores de carácter externo e interno que deberán ser considerados (Rada 2012: 425-429). Cabe señalar que para Mansfield y Snyder existen, además, factores culturales, sociales e históricos (2002: 328), incluyendo el entorno internacional donde se desarrollan los procesos de democratización (1995: 36), que influyen en el surgimiento de un conflicto y que deberán tenerse en cuenta al momento del análisis. Este aspecto es de gran relevancia en Medio Oriente, por ejemplo, para comprender la relación entre Israel y los países vecinos.

En todo caso, más allá del debate teórico planteado, para Francis Fukuyama la violencia parece ser algo natural tratándose de la construcción de Estados –aspecto íntimamente vinculado al proceso de democratización– como lo ha demostrado la sociedad occidental en los últimos siglos (2007: 12-13). La demanda de instituciones ha sido producto, en algunos casos, de un grave suceso como una revolución o una guerra –como ha sido el caso de Estados Unidos luego de la guerra civil, las dos guerras mundiales y la Guerra Fría–, culminando casi siempre con éxito (Fukuyama 2004: 59-60).

IV. La Primavera Árabe y la democracia

A pesar de comentarios en favor de la democracia como los señalados por el Sheikh Salman al-Awdah, saudita, líder salafista y, como tal, representante del islamismo más conservador: *“might not be an ideal system, but it is the least harmful, and it can be developed and adapted to respond to local needs and circumstances”* (Zelin 2012), teniendo en cuenta la reducida experiencia en la materia de los países implicados en la Primavera Árabe, referirse a la existencia de valores democráticos en estas sociedades es poco probable. Pero, ¿podemos decir lo mismo respecto a su institucionalidad?

Categoricamente se puede afirmar que hasta el inicio de la Primavera Árabe (2010) no era posible hablar de institucionalidad democrática en estos países. El *Index of Democracy* de *The Economist* referido a ese mismo año calificó a Egipto (puesto 138), Túnez (144), Yemen (146), Siria (153) y Libia (158), de un total de 167 países, como “regímenes autoritarios” (lamentablemente para los fines de la Teoría de la Paz Democrática ese mismo ranking señalaba que solo existían 30 países con “democracia plena”, siendo las otras dos categorías: “democracias defectuosas” y “regímenes híbridos”). Además, estamos frente a Estados que han llevado a cabo procesos electorales en los últimos tiempos poco o nada competitivos, en muchos casos con candidato único y resultados increíbles:

- Túnez: Zine El Abidine Ben Ali, presidente de 1987 al 2011, ganó las elecciones de 2004 con el 94.4% y las elecciones de 2009 con el 89.6% de los votos.
- Egipto: Hosni Mubarak, presidente de 1981 al 2011, ganó las elecciones de 1999 con el 93.7% y las elecciones de 2005 con el 88.6% de los votos.
- Yemen: Ali Abdullah Saleh, presidente de 1990 al 2012, ganó las elecciones de 1999 con el 96.3% y las elecciones de 2006 con el 77.1% de los votos.
- Libia: Muamar el Gadafi, líder supremo de 1969 al 2011. En la última década de su mandato no hubieron elecciones presidenciales.
- Siria: Bashar Al Assad, presidente desde el 2000 hasta la actualidad, ganó las elecciones de dicho año con el 99.7% y las elecciones de 2007 con el 97.6% de los votos.

Sin embargo, en un artículo de setiembre del 2012, Mansfield y Snyder parecen tener cierta confianza en los procesos de democratización de Túnez y Egipto, a diferencia de la situación de países como Yemen, Libia o Siria. La principal razón que encuentran para tal afirmación sería la existencia de algún nivel de institucionalidad, lo cual puede comprobarse utilizando variables como la percepción de calidad de los servicios y de la administración pública, la credibilidad del gobierno, entre otros; información obtenida a partir de los Indicadores Mundiales de Gobernabilidad del Banco Mundial (Mansfield y Snyder 2012: 727). Pero, ¿es esto cierto? La realidad de Egipto post-Morsi nos diría lo muy equivocados que se encontraban ambos autores. En un país fracturado, parece que el ejército egipcio, a pesar de las fuertes críticas en relación a su participación represiva en los disturbios a inicios del año 2011, emerge, frente al fracaso político de los Hermanos Musulmanes, como la única institución sólida aunque poco democrática, capaz de sostener a dicho país. En otras palabras, Mansfield y Snyder no solo dejan de considerar la débil institucionalidad democrática existente en estos países, también olvidan la ausencia de las condiciones necesarias para pensar en un proceso democrático exitoso de acuerdo a lo expresado por Carothers.

Posiblemente, la razón por la cual el proceso tunecino pueda parecer un poco más ordenado se encuentra en que, desde antes del inicio de la crisis, Túnez era considerado por Occidente como un país donde invertir, con estabilidad y competitividad, además de contar con menores restricciones políticas. De todas formas, la profunda división interna –aspecto central según Carothers para pensar en un futuro proceso democrático– se encuentra presente en casi toda la región, ya sea entre islámicos y laicos (Túnez y Egipto)², sunitas y chiitas (Siria), producto de diferencias tribales (Libia) o intentos secesionistas (Yemen), haciendo muy difícil cualquier transición. Además,

² Mansfield y Snyder minimizan este dato, señalando que Túnez y Egipto cuentan con un alto nivel de lealtad a sus instituciones (¿?), además de no poseer divisiones étnicas, tribales o secretarias políticamente paralizantes (2012: 728).

no se debe dejar de considerar el bajo nivel de desarrollo económico de este grupo de países, la nula experiencia democrática previa y la ausencia de vecinos con regímenes democráticos.

En defensa del aporte de Mansfield y Snyder y partiendo de la premisa de que toda democracia requiere un amplio nivel de legitimidad, más aún tratándose de transiciones hacia la democracia, cabe decir que la posibilidad que alguno de los gobiernos de dichos Estados pueda utilizar a Israel como instrumento para construir su legitimidad (tal y como ya ha sucedido en el pasado) sería una cuestión a considerar (Ates 2012). Sin embargo, todavía no han estallado conflictos de esta naturaleza, solo de carácter interno.

En tal sentido, Narang y Nelson tendrían razón al mostrar mayor preocupación por el escenario doméstico. Por lo menos eso es lo que sucedió en Libia y lo que viene ocurriendo en el caso sirio, mientras que los temores por una situación similar continúan en países como Egipto, Túnez y Yemen. Pero de ahí a suprimir por completo la posibilidad de un conflicto externo, en tanto existe una difícil historia común e intereses de los diferentes Estados que se ven comprometidos, sean de la región o potencias mundiales, es aún demasiado alentador.

El conflicto en Siria, por ejemplo, ha producido a febrero de 2014, según cifras del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas, 2.4 millones de refugiados, los cuales en su mayoría se encuentran en el Líbano, Jordania, Turquía, Irak y Egipto. ¿Acaso no es posible prever una situación insostenible que lleve a un país a reaccionar? ¿Hasta cuándo podrán soportar estos países las 6,000 personas diarias que abandonan Siria?

Parece comprensible que el temor al contagio, la desconfianza por el ascenso al poder de grupos que representen intereses contrarios (por ejemplo, tratándose de organizaciones radicales) o el aumento del comercio de armas (en su mayoría de carácter ilegal), puedan generar dilemas de seguridad y la adopción de medidas que impliquen el riesgo de un conflicto internacional (la realidad del Estado Islámico en Siria e Iraq parece confirmar la preocupación existente). A pesar de que Narang y Nelson parecen desconocer todas las implicancias que un conflicto interno de un país en proceso de democratización puede tener en materia internacional, dilemas internos que ellos mismos han afirmado pueden suceder en este tipo de contextos podrían devenir en conflictos de mayor magnitud. No sería extraño que Al Assad, en última instancia y ante una inminente derrota, recurra a internacionalizar el conflicto sirio, haciendo lo posible por hacer partícipes del mismo a Israel e Irán.

Un caso curioso es el de Yemen, pues siendo uno de los países más pobres e inestables de la región (según el Índice de Estados Fallidos desarrollado por el Fondo para la Paz y *Foreign Policy* el 2009, dicho país se encontraba en el puesto 18 y el año 2012 en el puesto 8, siempre por debajo de los otros cuatro países referidos), está sabiendo salir de la violencia a través de un acuerdo negociado (la llamada Conferencia de Diálogo Nacional) bajo el

auspicio del Consejo de Cooperación del Golfo. Pero, ¿qué países conforman esta organización? Bahréin, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Omán, Qatar y Kuwait, países poco o nada **democráticos**³. El resultado fue la increíble victoria de Mansur al-Hadi, vicepresidente del anterior gobernante por varios años, en las elecciones del 2012, con el 99.8% de los votos.

Esta situación debería plantearnos una pregunta adicional: ¿los países implicados en la Primavera Árabe están comprometidos con un futuro democrático? Peter Rada afirma que las masas que ocuparon las calles en el mundo árabe se oponían a la tiranía, pero no necesariamente demandaban por democracia el estilo occidental (Rada 2012: 2). En esta misma línea, siendo aún más radical, Michael Totten (2012) señala que “*in the medium term, the number of genuinely liberal democracies to emerge in the Arab world is likely to be one or zero*”. Esto último concuerda con lo expresado por el historiador Eric Hobsbawn: si bien puede considerarse un fracaso la Primavera Árabe en tanto no existirían muchas esperanzas de una democracia liberal en el mundo árabe, en el mediano plazo puede ser un éxito en tanto se habrán conseguido avances liberales, justamente el principal objetivo de las protestas (Hobsbawn, citado por BBCMundo 2011).

Esto último es fundamental, pues muchos de los países de la región que ven como una amenaza el hecho de que la Primavera Árabe siga expandiéndose, han tomado a cabo medidas en este sentido, liberales más no democratizadoras. Por ejemplo, a partir de los sucesos que iniciaron el año 2011, Marruecos emprendió una serie de reformas que llevaron al rey Mohamed VI a elaborar una nueva Constitución (aprobada vía referéndum en julio de 2011, increíblemente, por el 97.6% de los votos). Sin embargo, contrariamente a lo que señala dicho marco normativo, según Ann Harrison, directora adjunta del Programa Regional para Oriente Medio y el Norte de África de Amnistía Internacional, continúa la violación a los derechos a la libertad de expresión, manifestación pacífica y asociación (ABC 2013). Además, afirmar que Marruecos constituye un ejemplo de democracia, donde el rey tiene un peso muy importante en la toma de decisiones, es todavía iluso. De ahí que resulte particular lo señalado por el ministro español de Asuntos Exteriores, José Manuel García-Margallo, en una visita oficial del rey de España en julio de 2013, afirmando que Marruecos ha escogido el camino correcto para avanzar en una transición hacia la democracia, semejante a la vivida en España décadas atrás (*El Economista*, 2013). Esto último parece haber sido confirmado por el mismo rey Juan Carlos al expresar que “Marruecos es hoy un ejemplo muy valioso de apertura y de estabilidad” (*El País*, 2013).

No queda claro si España realmente se encuentra apoyando un proceso de transición democrática en el país magrebí o ayudando a la permanencia

³ Asimismo, si bien resultó extraño que, mientras Qatar apoyó económicamente al régimen islámico de Mohamed Morsi, Arabia Saudita, Kuwait y Emiratos Árabes Unidos hayan respaldado a los golpistas egipcios, demostrando en ambos casos la existencia de otro tipo de intereses, ajenos a la promoción de la democracia.

y estabilidad del régimen de Mohamed VI, monarca preocupado por la turbulencia del escenario regional que pone en riesgo su permanencia en el poder. En todo caso, en los últimos años, el *Index of Democracy* de *The Economist* siempre ha considerado a Marruecos en el límite entre un país con un “régimen autoritario” y uno con un “régimen híbrido”, aunque con algunas libertades: 2010 (puesto 116), 2011 (119) y 2012 (115).

V. Occidente en la encrucijada

En el libro *In Support of Arab Democracy: Why and How*, publicado por el *Council of Foreign Relations* en el año 2005, se hace referencia a la importancia que debe significar para la política exterior de los Estados Unidos promover la democracia, sobre todo en el mundo árabe, y trascender la simple celebración de elecciones periódicas a pesar de los riesgos existentes (Cook 2005: 3-4). Pero, ¿es conveniente la promoción de la democracia en el mundo árabe para el logro de los intereses de Estados Unidos y sus socios occidentales?

En las últimas décadas, en el discurso político estadounidense al más alto nivel, es fácil comprobar cómo la promoción de la democracia en el mundo se va consolidando con aspectos de gran importancia, tanto para los demócratas como los republicanos. En esta línea, el ex-presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, afirmó en el Discurso del Estado de la Unión de 1994 lo siguiente: “*the best strategy to ensure our security and to build a durable peace is to support the advance of democracy elsewhere. Democracies don’t attack each other*” (*Washington Post*, 1998); de igual forma, otro ex-presidente, George W. Bush, desde otra esquina de la política estadounidense, va a señalar algo muy similar en el año 2004, ahora en una conferencia sobre el tema de Medio Oriente y acompañado por el ex-primer ministro británico Tony Blair: “*And the reason why I’m so strong on democracy is democracies don’t go to war with each other*” (*The White House*, 2004).

Sin embargo, si esto fuera cierto, ¿cómo entender la alianza de Estados Unidos con países autoritarios como Egipto, Pakistán y Arabia Saudita durante años?, ¿por qué Israel no apoyó desde un inicio la protesta siria por mayores derechos contra el régimen autoritario de Al Assad, uno de sus principales enemigos en la región? O ¿por qué Israel, el principal socio de Estados Unidos en Medio Oriente y una de las pocas democracias en dicha región, atacó al Líbano en 2006, siendo esta otra democracia? Respecto a esta última pregunta, aunque la Segunda Guerra del Líbano tuvo su origen en acciones llevadas a cabo por la organización terrorista Hezbollah, probablemente el secreto para entender este enfrentamiento bélico desde la lógica de la Teoría de la Paz Democrática, parte de considerar al Líbano como una democracia incipiente o frágil, este último término utilizado por George W. Bush para justificar la acción realizada por Israel (*El Mundo*, 2006).

De la misma forma, tratándose de Siria, el régimen de Al Assad garantiza-

ba cierto nivel de estabilidad. Aunque las diferencias entre Israel y Siria producto de la Guerra de Yom Kippur (1973) nunca fueron resultas, siendo un tema central el reclamo sirio por los Altos del Golán, la frontera permaneció en relativa calma. Es más, a mediados de la década parecen haberse dado una serie de reuniones secretas a fin de poder llegar a un Tratado de Paz, las mismas que no han culminado lamentablemente debido al inicio del conflicto sirio.

Justamente, el inicio de la guerra civil en Siria significó para Israel algo sumamente peligroso en el corto plazo, frente a lo que puede representar el ascenso de sectores radicales al poder (por ejemplo, el Frente Al-Nusra). La idea de Israel no debe haber pasado por promover la democracia, sino por minimizar los riesgos preservando el statu quo. Un año después la situación cambió por completo: el avance rebelde, la profundización del caos en Siria y la posibilidad de que grupos como Hezbollah (aliados de Irán y del gobierno sirio) puedan tener acceso a armas químicas, han llevado a Israel a intervenir en el conflicto, pero pensando en sus intereses y no en la lucha por mayores libertades en el país árabe.

En este sentido, de acuerdo a lo visto desde la teoría, parece existir un consenso acerca de considerar a la democracia como un aspecto central que tiende a desarrollar relaciones pacíficas y cooperativas entre los países, siendo racional que los Estados democráticos promuevan la democracia en aquellos que no lo son; pero en las circunstancias descritas, esta lógica de largo plazo se enfrenta a un objetivo más importante de corto plazo: la búsqueda de seguridad.

Si bien todavía no se han dado conflictos interestatales a gran escala producto de la Primavera Árabe, los conflictos civiles internos generan mucha inestabilidad y grandes problemas a los países vecinos y aquellos que, siendo de otros continentes, tienen intereses en dicha región. De este modo, luego del 11-S, uno de estos intereses se encuentra vinculado a frenar el avance del islamismo radical, el cual puede fortalecerse en un contexto de transición democrática. Así, no resulta casualidad que el apoyo hacia una política exterior que deba promover la democracia se haya reducido en la población de Estados Unidos de 52% el 2005, 45% el 2006, a 37% el 2007 (Fukuyama y McFaul 2007: 24). Después del ataque al consulado estadounidense en Bengasi (Libia) en 2012, seguramente estos porcentajes deberían ser aún más preocupantes.

Este escenario permite comprender por qué países como Francia e Italia apoyaron a regímenes autoritarios extremadamente corruptos como el de Túnez (Ben Ali) y Libia (Gadafi) respectivamente. Es más, en el caso francés, ya iniciada la revuelta tunecina, increíblemente la ministra de Relaciones Exteriores Michèle Alliot-Marie llegó a ofrecer ayuda para que el gobierno del Estado árabe pueda hacer frente a los disturbios, importándole poco el proceso que se había iniciado en dicho país. En el caso de Italia, la cercanía entre Berlusconi y Gadafi se comprueba con la firma del Tratado de Amistad, Sociedad y Cooperación (2008), el cual se centraba en temas

energéticos y en materia de inmigración, ambos de vital importancia para la seguridad del país europeo. Parece claro que el interés de la comunidad internacional en favor de un mundo más pacífico termina estando supeditado a los intereses nacionales de los Estados. Seguramente, los estados tienen más de un objetivo, haciendo difícil saber con claridad cuál es el interés nacional de un país, fundamental para definir si estamos frente a una política exterior de carácter racional o no (Hill 2003: 118-119); sin embargo, resulta evidente que las democracias que intervienen en la Primavera Árabe tienen objetivos a corto y a largo plazo, de ahí que aunque resulte racional su comportamiento en el corto plazo, acaban contradiciendo los objetivos a largo plazo. El problema surge no solo por colaborar para que el régimen autoritario se mantenga, sino propiamente por no ser de gran ayuda frente a los procesos de democratización.

Otro ejemplo, ajeno a la Primavera Árabe, es la intervención de los Estados Unidos en Afganistán. El derrocamiento del régimen talibán, el cual permitió privar a Al Qaeda de su principal base de operaciones, no es resultado del proceso de democratización del país, sino producto de los intereses estratégicos de Estados Unidos en esa zona del mundo post 11-S (Fukuyama y McFaul 2007: 26). Más bien, el proceso de transición en Afganistán ha tenido muchos problemas, de ahí que desde el 2013 Estados Unidos, ante la inminente salida de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) del país asiático, haya buscado por todos los medios un acercamiento con el movimiento talibán a fin de encontrar una solución política a una situación insostenible durante más de una década. Esto último demuestra que el interés actual de Estados Unidos pasa por la estabilidad de la región y no propiamente por la promoción de la democracia en Afganistán.

Esto también puede encontrarse en el caso egipcio y yemení. Por un lado, incapaz de romper con Egipto, Estados Unidos termina aceptando al régimen golpista post-Morsi, en tanto el país árabe es fundamental para la estrategia de seguridad de la potencia mundial en la región; por otro lado, Estados Unidos termina avalando la indudable elección irregular (con candidato único) de al-Hadi en Yemen, frente a la necesidad de imponer el orden en un país que sirve de base para Al-Qaeda. No es casualidad que, en un afán legitimador, la entonces Secretaria de Estado de los Estados Unidos, Hillary Clinton, haya considerado que la elección yemení fue “otro importante paso en su proceso de transición democrática”.

A pesar de lo señalado, no debemos concluir que un país democrático solo debe tener relaciones con otras democracias, ya que esto no habría hecho posible a Estados Unidos cooperar con la Unión Soviética de Joseph Stalin de cara a lo que fue la Segunda Guerra Mundial (Fukuyama y McFaul 2007: 36), aunque en este caso también se encontraba en juego la paz y la libertad del mundo. Pero no solo las potencias mundiales mantienen relaciones cordiales con países marcadamente autoritarios, también sucede esto en los países del mundo en desarrollo. Por ejemplo, en la última Cumbre América del Sur – Países Árabes (ASPA) celebrada en la ciudad de Lima en el

año 2012, no existió ninguna crítica frente a la ausencia de libertades y competencia electoral en los Estados árabes; por el contrario, predominó el interés por hacer negocios; es más, un país como el Perú firmó un acuerdo de cooperación con el Consejo de Cooperación del Golfo, el cual, como se señaló anteriormente, está conformado por un grupo de los países más autoritarios de Medio Oriente. Esta propuesta no significa proponer el retorno a los tiempos de la fallida Doctrina Betancourt (es decir, romper relaciones con aquellos gobiernos que hubiesen llegado al poder por vías no democráticas), pero definitivamente debería existir un replanteamiento acerca de lo que significa promover la democracia en países autoritarios y en contextos de transición, y su relación con el interés nacional de los Estados.

Paradójicamente, desde la perspectiva de las sanciones, el desarrollo de vínculos estrechos con Estados no democráticos podría facilitar una transición hacia la democracia, pues, de imponerse sanciones, sus efectos serían de gran consideración; de ahí que el hecho de que Estados Unidos no tenga comercio o inversiones en Irán o Cuba, permite que cualquier sanción contra estos países no ayude a las fuerzas pro-democracia al interior de los mismos (Fukuyama y McFaul 2007: 37). Si bien promover la cooperación y el intercambio económico con países no democráticos puede significar el aumento de una serie de costos en dichos países en caso de que no adopten reformas democráticas, esta postura en la práctica no parece muy consistente, en tanto los regímenes autoritarios pueden aprovecharse de esa situación beneficiosa para consolidarse en el poder.

La problemática descrita se presenta más compleja al encontrarnos frente a sociedades que podrían no desarrollar la democracia, al tratarse de un régimen político propio de la civilización occidental y no de otras civilizaciones (Huntington 1997: 232). Aunque esto es muy debatible, la Primavera Árabe podría no ser expresión de un proceso de democratización, sino solo un reclamo por mayores libertades (como ya se ha señalado), pudiendo acabar en la consolidación de gobiernos de carácter autoritario y liberal al estilo de Singapur. Es curioso que, mientras Occidente ha buscado que los países árabes imiten el modelo turco, supuestamente laico y democrático, en el 2013 la crítica giró en torno a la evidencia de prácticas autoritarias y un supuesto proceso de islamización de Turquía promovido por el gobierno de Recep Tayip Erdogan.

En todo caso, sea cual fuese el final, toda transición hacia la democracia podría generar grandes dilemas en materia de seguridad en el corto plazo, desarrollando los incentivos necesarios en los Estados democráticos para no tener como prioridad la real construcción de la democracia en dichos países, como se ha visto de alguna forma en el mundo árabe en los últimos años. Nadie niega la importancia de la democracia, la cual tiende a desarrollar relaciones más pacíficas y hacer del mundo un mejor lugar, pero en el corto plazo eso no pareciera que vaya a suceder.

VI. Epílogo

Para Mark Leonard, Director del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, en la actualidad la política exterior de países como Estados Unidos se encuentra más influenciada por la *moralpolitik* que por la *realpolitik*. El hecho de que Estados Unidos y sus principales socios occidentales tengan como condición previa a las conversaciones de paz para poner fin al conflicto sirio la salida de Al Assad, y no que este sea un tema a debatir, es una muestra de la importancia de la *moralpolitik* (Leonard, 2013). A pesar de que resultaría necesaria una cuota de mayor pragmatismo para pensar en una solución a la crisis siria (más aun con la presencia del Estado Islámico en dicho territorio), la presente investigación ha demostrado la primacía de los intereses nacionales en materia de seguridad de los países democráticos y no los de la comunidad internacional en este tipo de situaciones de transición.

La ausencia de valores e instituciones democráticas, y la siempre presente posibilidad de conflicto externo o interno que pueden agravar la situación regional, denotan la dificultad que tienen algunas naciones occidentales para promover la democracia liberal en los países participantes de la Primavera Árabe, así como otros cercanos. Este débil compromiso con los procesos de democratización es reflejo de la situación que puede generarse en desmedro de sus propios intereses, siendo aquel la mayor muestra de *realpolitik* que puede existir.



Bibliografía

ABC

2013 “La Primavera Árabe se marchita en Marruecos dos años después”. *Abc.es*. 21 de febrero. Consulta: 19 de julio de 2013.
<<http://www.abc.es/internacional/20130221/abci-marruecos-aniversario-protestas-201302201813.html>>

ATES, Davut

2012 “Is ‘democratic peace’ attainable in the Middle East?” *Hurriyetdailynews.com*. 9 de febrero. Consulta: 19 de Julio de 2013.
<<http://www.hurriyetdailynews.com/is-democratic-peace-attainable-in-the-middle-east-.aspx?pageID=449&nID=13325&NewsCatID=396>>

BBCMUNDO

2011 “Eric Hobsbawn: 2011 “me recuerda a 1848...”. *Bbc.co.uk*. 31 de diciembre. Consulta: 19 de Julio de 2013.
<http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/12/111229_primavera_arabe_hobsbawn_revolucion_pea.shtml>

CAROTHERS, Thomas

2007 “Misunderstanding Gradualism”. *Journal of Democracy*. Vol. 18, N°3.

COOK, Steven (project director)

2005 *In Support of Arab Democracy: why and how?* New York: Council on Foreign Relations.

DOYLE, Michael

2008 “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part I”. En HORTON, Keith y Thomas POGGE. *Global Ethics. Seminal Essays*. St. Paul (Estados Unidos): Paragon House.

EL ECONOMISTA

2013 “El rey, “motor de cambio” hacia la democracia en la Transición, ejemplo en Marruecos”. *Ecodiario.eleconomista.es*. 17 de julio. Consulta: 19 de julio de 2013.
<<http://ecodiario.eleconomista.es/espana/noticias/4999763/07/13/El-rey-motor-de-cambio-hacia-la-democracia-en-la-Transicion-ejemplo-en-Marruecos-.html>>

EL MUNDO

2006 “Bush ve a Irak y el Líbano como democracias frágiles con un enemigo común: el terrorismo”. *Elmundo.es*. 15 de agosto. Consulta: 22 de julio de 2013.
<<http://www.elmundo.es/elmundo/2006/08/15/internacional/1155599731.html>>

EL PAIS

2013 “El Rey a Mohamed VI: “Marruecos es un ejemplo de apertura y estabilidad”. *Elpais.es*. 17 de julio. Consulta: 19 de Julio de 2013.
<http://politica.elpais.com/politica/2013/07/16/actualidad/1373988483_198366.html>

FUKUYAMA, Francis

2007 “Liberalism versus State-Building”. *Journal of Democracy*. Vol. 18, N°3.

- FUKUYAMA, Francis y Michael MCFAUL
 2007 "Should Democracy be Promoted or Demoted?" *The Washington Quarterly*. 31:1.
- FUKUYAMA, Francis
 2004 *La construcción del Estado. Hacia un Nuevo Orden Mundial en el Siglo XXI*. Barcelona: Ediciones B.
- GAUTREAUX, Sergio
 2012 "Examining the Democratic Peace Hypothesis: A Neorealist Critique". *International Policy Digest*. 26 de abril. Consulta: 13 de Julio de 2013.
 <<http://www.internationalpolicydigest.org/2012/04/26/examining-the-democratic-peace-hypothesis-a-neorealist-critique/>>
- GOBETTI, Zeno
 2009 "Una revisión de la teoría de la paz democrática". *Revista CS. Universidad ICESI*. Cali, N° 3.
- HILL, Christopher
 2003 *The Changing Politics of Foreign Policy*. Hampshire: Palgrave Macmillan.
- HUNTINGTON, Samuel
 1997 *El Choque de Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*. Barcelona: Paidós.
- LEONARD, Mark
 2013 "¿Tienen agallas las democracias con Siria?" *Diario El País*. Lima, 10 de junio, p.21.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
 2012 "Democratization and Arab Spring". *International Interactions: Empirical and Theoretical Research in International Relations*. 38:5.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
 2007 "The Sequencing Fallacy". *Journal of Democracy*. Vol. 18, N°3.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
 2002 "Democratic Transitions. Institutional Strength, and War". *International Organization*. Vol. 56, N°2.
- MANSFIELD, Edward y Jack SNYDER
 1995 "Democratization and Danger of War". *International Security*. Vol. 20, N° 1.
- MAOZ, Zeev y Bruce RUSSETT
 1993 "Normative and Structural Causes of Democratic Peace, 1946-1986". *The American Political Science Review*. Washington, Vol. 87, N° 3.
- NARANG, Vipin y Rebecca NELSON
 2009 "Who are these belligerent democratizers? Reassessing the impact of democratization on war". *International Organization*. Vol. 63, N° 2.
- RADA, Peter
 2012. "Rethinking the "democratic peace theory": turbulent democratization in North Africa and the Middle East and the external dimension". En MAJER, Marian, Robert ONDREJCSÁK y Vladimír TARASOVIČ (eds.). *Panorama of global security environment*. Bratislava: CENAA.

THE WASHINGTON POST

1994 "1994 State of the Union Address". *Washingtonpost.com*. 25 de enero. Consulta: 22 de Julio de 2013.
<<http://www.washingtonpost.com/wp-srv/politics/special/states/docs/sou94.htm>>

THE WHITE HOUSE

2004 "President and Prime Minister Blair Discussed Iraq, Middle East". *Georgew-bush-whitehouse.archives.gov*. 12 de noviembre. Consulta: 22 de Julio de 2013.
<<http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2004/11/20041112-5.html>>

TOTTEN, Michael

2012 Arab Spring or Islamist Winter? *World Affairs Journal*. Enero/febrero 2012. Consulta: 19 de Julio de 2013.
<<http://www.worldaffairsjournal.org/article/arab-spring-or-islamist-winter>>

WALTZ, Kenneth

2005 "El Realismo Estructural después de la Guerra Fría". En KAHHAT, Farid (comp.). *El poder y las relaciones internacionales. Ensayos escogidos de Kenneth N. Waltz*. México D. F.: CIDE.

ZELIN, Aaron

2012 "Democracy, Salafi Style". *Foreign Policy*. 20 de julio. Consulta: 10 de Julio de 2013.
<http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/07/19/democracy_salafi_style>